Rafael Pardo Fernández

orar con...
el cardenal newman

Desclée De Brouwer

índice

introducción 9
1. Dios uno y trino. 13
2. Cristo 19
3. Iglesia. 23
4. fe 29
5. lucha 35
6. virtudes 41
7. oración 47
8. vida diaria. 51
9. santidad 55
10. pecado 59
11. Virgen María 63
12. rasgos de una vida santa 67
Notas 71

introducción

El beato John Henry Newman (1801-1890) nació en la ciudad de Londres. Después de estudiar en el Trinity College, trabajó como profesor en Oxford y fue ordenado presbítero anglicano en 1825. Durante varios años predicó famosos sermones parroquiales en la parroquia de Santa María de Oxford, algunos de los cuales estaban específicamente orientados a los universitarios.

Durante un viaje por el Mediterráneo (1832-1833) cayó gravemente enfermo, pero tuvo la certeza espiritual de que Dios no le dejaría morir porque quería encomendarle un trabajo. Ciertamente, Newman lideró desde 1833 la reforma espiritual del anglicanismo a través del Movimiento de Oxford, grupo teológico que alcanzó gran influencia en la Inglaterra de su tiempo.

El estudio de los santos Padres le hizo ver que la Iglesia católica era la verdadera heredera de la Iglesia primitiva. Su ansia de una Iglesia santa y el anglicanismo

descafeinado que le rodeaba le empujaron a una progresiva crisis interior. En 1840 se retiró a Littlemore, donde vivió unos años entregado a la oración y la penitencia. En 1845 pidió el ingreso en la Iglesia católica. Tanto sus parientes y amigos, como la sociedad anglicana, rompieron toda relación con él, de manera que se quedó aislado, sin prestigio dentro de la sociedad que lo había encumbrado.

Después de ser ordenado sacerdote católico en Roma (1847), regresó a Inglaterra como director del Oratorio de san Felipe Neri, una congregación de sacerdotes diocesanos destinada al estudio y las obras de caridad. Newman hizo una gran labor apologética a favor de la Iglesia católica durante los años 1848-1850. Desde 1854 se le encomendó la fundación de la Universidad de Irlanda, aunque en 1858 dimitió como rector por las numerosas dificultades que estaba encontrando.

La jerarquía católica, tanto en Inglaterra como en Irlanda, le trató con poca delicadeza. Durante el período 1859-1863 se recluyó en el Oratorio de Birmingham, donde habían fundado una escuela para niños pobres. No publicó nada ni aceptó otra tarea.

En 1864, después de una controversia con un clérigo anglicano, publicó su famosa Apologia pro vita sua. En ella explicaba a los anglicanos sus ideas religiosas y la sinceridad de su conversión al catolicismo, así como su profundo respeto por la Iglesia anglicana.

Con esta obra, la sociedad inglesa puso fin a las hostilidades con Newman.

Si el anglicanismo se había reconciliado con él, la jerarquía católica todavía no lo había hecho. Quizá por eso, Newman declinó asistir al Concilio Vaticano I (1869-1870). En 1875 publicó la Carta al Duque de Norfolk, en la que defendía el dogma de la infabilidad pontificia y la libertad de conciencia.

En 1879 fue creado cardenal por León XIII y, desde entonces, se ganó el respeto también de los católicos. Murió en 1890 envuelto en fama de santidad. Dejaba a sus espaldas numerosas obras teológicas y conversiones al catolicismo.

Su legado teológico fue decisivo para la preparación del Concilio Vaticano II. Es uno de los autores católicos más citados por el Catecismo de la Iglesia y por el Magisterio actual.

1 Dios uno y trino

Newman tuvo una experiencia mística a los quince años, después de la cual aceptó a Dios en su vida como una Presencia personal. El diálogo cercano con ese Dios que nos ofrece su Palabra, nos envía a su Hijo y nos ilumina a través de la conciencia, fue la energía de su vida. Muchos rasgos de esa visión, en la que Dios sale al encuentro personal con el hombre, fueron tenidos en cuenta en los documentos del Concilio Vaticano II.

1.1 Dios sabe lo que constituye mi mayor felicidad; yo no lo sé.

1.2 Dios mío, confieso que Tú puedes iluminar mi oscuridad, confieso que sólo Tú puedes. Deseo que mi oscuridad sea iluminada.

1.3 Mirando más allá de esta vida, mi oración primera, mi anhelo, mi esperanza ardiente es ver a Dios

(...). Para la gente que quiero mi única oración es que ellos también vean a Dios. El pensamiento de Dios, su Presencia, su Fuerza, eso es lo que compensa y repara todos los sinsabores y aflicciones.

1.4 La fe está fundada en el conocimiento de que Dios es omnipotente; la esperanza lo está en el conocimiento de que Dios es misericordioso.

1.5 Por lo tanto, confiaré en Él. Sea lo que sea y esté donde esté, nunca puedo ser desechado. Si estoy enfermo, mi enfermedad puede servirle. Si estoy perplejo, mi perplejidad puede servirle. Si estoy apenado, mi pena puede servirle. Mi enfermedad, perplejidad o pena pueden ser causas necesarias de algún fin grande que está más allá de nosotros. Él no hace nada en vano. Puede prolongar mi vida, y puede acortarla. Él sabe lo que hace. Puede llevarse a mis amigos. Puede lanzarme entre extraños. Puede hacerme sentir desolado. Puede hacer que mi ánimo se hunda. Puede ocultarme en el futuro. Pero aun así, Él sabe lo que hace.

1.6 Debemos adquirir la costumbre de sentir que estamos en la presencia de Dios, que ve lo que hacemos; debemos sentir gusto de que sea así, amor ante el hecho de saberlo, placer en la reflexión: Tú, Dios, me ves (...). Y así se producirá una elevación de la

mente, que es la verdadera arma que se debe usar contra la incredulidad del futuro.

1.7 Procurad ver las cosas como las ve Dios. Tratad de formar vuestros juicios sobre personas, sucesos, rangos, fortunas, cambios y tareas tal como Dios los forma. Tratad de ver esta vida como Dios la ve.

1.8 Reflexiona alma mía, e inclínate ante el misterio tremendo, pues como el Padre ama al Hijo, así el Hijo te ama a ti, si eres uno de sus elegidos. Pues Él dice expresamente: *Como el Padre me ha amado, así también os he amado Yo. Permaneced en mi amor*. ¿Qué misterio entre todas las verdades reveladas es más grande que éste?

1.9 Omnipotente Dios, fortaléceme con tu fuerza, consuélame con tu paz eterna, tranquilízame con la belleza de tu rostro, ilumíname con tu esplendor increado, purifícame con la fragancia de tu inefable santidad. Báñame en ti mismo, y dame de beber.

1.10 Bendito aquel que rinde su mente a la influencia suave del Espíritu Santo y no para hasta que le ha conducido a puerto.

1.11 El filósofo anhela un principio divino, el cristiano anhela un Dios que actúa.